

P R E Á M B U L O

“La Organización de las Naciones Unidas atraviesa por uno de los momentos más delicados de su historia. No es para menos. El debate se centra en la revisión del balance del poder internacional. Con la muerte de las ideologías y el fin de la historia que se presagiaba al término de la era bipolar, la discusión actual busca definir las reglas del juego mundial de los próximos cincuenta años. Los principales países del mundo se encuentran enfrascados en una abierta disputa de posiciones en el tablero internacional. Saben que su futuro se está determinando hoy”.¹

El epicentro de esta pugna se localiza en la nueva configuración del Consejo de Seguridad, el órgano más poderoso de la Organización. Ningún otro tema ocupa un lugar más delicado y controvertido dentro de la amplia agenda de reforma de las Naciones Unidas. Al cual no le han dado la debida importancia. Ocupar un asiento permanente en el Consejo se ha convertido en sinónimo de poderío internacional y de liderazgo en las regiones de donde provienen. Los países que aspiran a convertirse en miembros permanentes, al lado de Estados Unidos, Rusia, China, Francia y el Reino Unido, saben de antemano que esa es la única manera en que conseguirían una posición de mayor influencia en los asuntos mundiales y para engrandecer su influencia.

¹ BERRUGA FILLOY, Enrique: “Las Naciones ¿Desunidas?”; Proceso, num. 1491, México, D.F. 2005.

Bajo esta lógica, el llamado Grupo de los 4, circuló un proyecto de resolución que propone crear seis nuevos asientos permanentes del Consejo de Seguridad: dos para África, dos para Asia, uno para Europa Occidental y uno para América Latina. Los países aspirantes reclaman para sí mismos contar con el derecho de vetar individualmente las decisiones que apruebe la colectividad, para tener una mayor participación y colocándose así en pie de igualdad con las cinco potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, demandan asientos con plenos poderes. Varias naciones de la ONU critican el proyecto, al considerar que sólo sirve a los intereses de los que lo promueven.

“Esta postura está generando una grave fractura al interior de las Naciones Unidas. Más allá de las discusiones en los circuitos diplomáticos, en el terreno este debate ya ha detonado una de las crisis más peligrosas en las relaciones entre China y Japón, al tiempo que ha exacerbado rivalidades regionales en otras partes de Asia, en Europa y en América Latina”.²

EL texto que apoya México es una opción que, de aprobarse, democratizaría ese Consejo al proponer la expansión del mismo a través de la creación de 10 nuevos asientos no permanentes sobre la base de una distribución geográfica equitativa.

Igualmente, al interior del grupo africano, la disputa por los dos asientos permanentes que obtendrían alimenta una competencia inesperada entre

² Ídem

países como Argelia, Egipto, Kenya, Libia, Nigeria, Senegal y Sudáfrica. En todos los continentes se está configurando una pugna política explosiva. Más allá de la redefinición del balance del poder mundial, esta polémica está atizando el fuego de los nacionalismos. El objetivo no es mantener el statu quo actual, sino corregir los desequilibrios estructurales.³

³Idem